

dian, añadian algo á la realidad (1). Esta especie de demostración descansa principalmente en que los pitagóricos trataban de hacer verosímil su doctrina de que los números son todo, haciendo observar con suposiciones arbitrarias que muchos fenómenos se rigen por relaciones numéricas. Pero lo que hay de filosófico en su doctrina no nace de haber visto repetirse ciertas relaciones numéricas en la naturaleza.

En otros muchos símiles y fórmulas, la doctrina pitagórica se expresa con números. En ellas se dice ya que el principio de las cosas son los números, ya que el mismo número ó los elementos del número. Estas proposiciones no pueden significar lo mismo, sino que el sentido de cada una debe explicarse con mas precisión.

Empezaremos por la proposición de que el número es el principio de las cosas. En los fragmentos de Filolao se habla con frecuencia de la esencia del número, y es natural pensar que no se trata del número propio concebido como el uno; sino que el número, según los pitagóricos, es de dos especies, par é impar: de donde se sigue que la unidad es de estos dos modos opuestos, es el par y el impar. Pero si el uno es el par y el impar, la unidad es simplemente la esencia del número, ó el número tomado absolutamente. Como tal, la unidad es el principio de todos los números, y por esto se la llama el *uno primero*, no pudiéndose decir otra cosa sobre su origen (2). En tal sentido, la teoría de los pitagóricos no significa sino que todo se deriva del uno primero, del ser uno, como llamaban también á Dios; supuesto que, según dice Filolao, Dios lo abraza todo, provee á todo, y no es mas que uno (3).

El mismo pensamiento fundamental se expresa con otras fórmulas. Filolao decía que el número es el lazo supremo de la eterna duración de las cosas cósmicas, y que este lazo es reproductor de sí mismo. Otra especie de doctrina que pone la esencia del número en la década, se esfuerza en establecer este dogma. Siendo la unidad mirada como principio de la multiplicidad, todo número está para los pitagóricos fundado en la década según el sistema decimal, por lo que la década y la mónade eran miradas por ellos como símbolo del principio universal, diciendo que la década comprende todo número, toda especie, el par y el impar, el movimiento y el reposo, el bien y el mal (4), y que la obra y la esencia del número deben apreciarse por la virtud propia de la década, la cual es grande, pues lo produce todo y es principio y guía de la vida divina y celeste como también de la humana. Los pitagóricos no eran menos fecundos, al tratar de la esencia del número en el símbolo de la tetrada, fuente y raíz de

(1) *Metaf.*, I, 5.

(2) *Arist.*, *Metaf.*, XIII, 6.

(3) *De mundi opif.*: Ἐστὶ γὰρ φησὶν ὁ ἡγεμὼν καὶ ἀρχὼν πάντων θεός, εἰς αὐτὸν ἕκαστον.

(4) *THEON. SMIRN.*, *Plat. math.*, I, 49

la naturaleza eternamente activa. Por gran tetrada, tal vez entenderían ellos la forma de los cuatro primeros números, es decir diez, y la suma de los cuatro primeros números pares y de los cuatro primeros impares, esto es, treinta y seis; no existiendo lo esencial en el símbolo, sino en el significado. También llamaban á la triada número del todo, porque tiene un principio, un medio y un fin. El hecho es que todos estos símbolos expresan una misma cosa, es decir, que una unidad, la cual contiene también la multiplicidad, es principio de todas las cosas; unidad representada por el uno primero, por la década, por la tetrada ó por la triada.

Ahora bien, en la naturaleza ó esencia del número, ó en el uno primero, están contenidos todos los otros números, como los elementos del mundo entero y de toda la naturaleza. Elementos de los números son el par y el impar: por lo que el uno primero es también el par-impar: lo que los pitagóricos quieren demostrar con su método simbólico á veces vicioso, diciendo que el uno unido al par produce el impar, y unido al impar produce el par. Algunos pitagóricos habían dispuesto una tabla de pensamientos antitéticos, que representaban las primeros elementos de la naturaleza ó del universo, la cual expone así Aristóteles:

El límite y lo neo-limitado.

El impar y el par.

El uno y el múltiplo.

El derecho y el izquierdo.

El macho y la hembra.

El que descansa y el que se mueve.

La línea recta y la curva.

La luz y las tinieblas.

El bien y el mal.

El cuadrado y el cuadrilongo (1).

No sea crea, sin embargo, que los pitagóricos clasificasen en esta serie de ideas opuestas todos los elementos de que suponían compuesta la naturaleza, pues que la terminaron con un principio diverso, esto es, con la opinión de que el diez es el número perfecto, omitiendo muchas cosas de grande importancia también según ellos por la contemplación de los contrarios en el mundo. Causa extrañeza, sin embargo, que entre los contrarios categóricos del mundo se encuentre lo que los pitagóricos miraban como principio de todos los contrarios, es decir, el uno, al que se opone el múltiple como no contenido en él. Esto nos lleva á observar que los pitagóricos no tomaban siempre la idea del uno y del principio en igual sentido, sino que á veces entendían por primero y último principio á aquel que es superior á todas las oposiciones y las incluye todas; en otras ocasiones querían indicar con esto uno de los principios subordinados, derivados y en oposición con las otras cosas (2). No podemos, pues, dudar, que los números opuestos deben

(1) *Metaf.*, I, 5.

(2) *Simpl.*, *Físic.* apud *Euzior.*

tener un sentido diferente, en atención á que si el primer principio tiene el correspondiente entre los principios opuestos y derivados de las cosas, debe naturalmente ser considerado como algo mas perfecto y divino que él. La serie de los contrarios nos muestra que para los pitagóricos, el contrario denominado primero indica siempre alguna cosa mas bella y mejor, por lo que la primera serie se llamaba del bien, y la otra del mal. Ciertamente el pensamiento oscuro de tal disposición consiste en que la segunda serie indica algo de negativo, y hé aquí por qué Aristóteles llama privativos á los principios expresados en ella. De este modo la tabla de los contrarios significaría que todo el mundo resulta de lo perfecto y de lo imperfecto.

Ni quieren decir los pitagóricos con esta tabla que el mundo se compone de veinte elementos, supuesto que los compuestos comprendidos en ella no son mas que el signo diversificado de un solo y mismo contrario. Los antiguos lo dicen expresamente (1), y nosotros lo entendemos también así, por hallarse en una parte el límite, el no limitado y el uno, y en la otra el número par y el impar tomados constantemente los unos por los otros, y así en todos los contrarios que nos son mejor conocidos. De donde se sigue que para ellos el uno es también el límite y el número impar, el reposo, la luz, el bien; y el opuesto de la unidad tiene por contrario á sus opuestos. Contar la ecuación de tantas ideas diferentes, no era posible sin cometer alguna confusión; pero considerando la serie de los contrarios, debemos observar que el carácter simbólico general de la expresión pitagórica no se halla desmentido en ella.

Lo que los pitagóricos llamaban el uno y que para ellos era el principio de todo número y de todas las cosas, el par-impar, que colocaban entre los principios derivados ó elementos de las cosas, parece que tuvo un sentido mas profundo. Ellos querían dar á entender que el principio de todas las cosas penetra en la oposición de los fenómenos y no puede absolutamente separarse de lo que sirve para formar el mundo en su diversidad, de manera que tal principio viene á ser la fuente de la perfección y de la verdadera esencia de las cosas. Esto resulta ya de lo que Aristóteles dice, que el número ó el uno es el principio, ó mas bien la esencia de las cosas; lo que se confirma con haber dicho Filolao, que « la esencia de las cosas que es eterna, y la naturaleza en sí misma no pueden ser conocidas sino por la Divinidad, y de ningún modo por los hombres, pues si conociésemos solo su sombra, ni aun este conocimiento imperfecto sería posible, si no tuviesen esencia las cosas limitadas é ilimitadas que constituyen el mundo (2).

(1) *EUDOR.*, I.

(2) *STOBEO.*, *Ecl.*, I.

Filolao dice también algo parecido á esto sobre el número diez y la naturaleza del mundo, afirmando que nada puede conocerse sin él, y que este lo pone todo en relación con el alma, le enseña todo lo que es posible conocer, y establece así una especie de parentesco entre los dos términos generadores del conocimiento, de modo que se pueden descubrir fácilmente la naturaleza y la virtud del número, no solo en las cosas que emanan de los demonios y de los dioses, sino también en todas las obras de los hombres, en sus discursos, en las artes y en la música. De aquí se deduce que el principio divino ó primero de las cosas era para los pitagóricos una cosa difundida por todo el universo; pero al mismo tiempo le juzgaban ininteligible en sí, porque no hace sino revelarse en los fenómenos cósmicos, poniendo en armonía todas las cosas, apropiando las unas á las otras y haciéndolas así fáciles de conocer. El número parece también la fuente de toda existencia y de toda verdad en las cosas, porque al decir de Filolao, el error no puede ser parte del número, pues es hostil y odioso á este, en tanto que la verdad es su natural aliada.

Ciceron no hace mas que traducir á lenguaje mas moderno estos pensamientos, diciendo que Dios es para los pitagóricos el espíritu difundido por toda la naturaleza de las cosas, y del cual traen su origen nuestras almas (1).

Pero si los pitagóricos admitían también un principio de lo imperfecto en lo ilimitado, al que Filolao llama la naturaleza irracional y sin juicio, y en el que pone la mentira y la envidia; y si consideramos que ellas referían el principio opuesto á un primer ser representado simbólicamente por el uno, considerado como principio de todos los números y que es el par-impar, deberíamos considerar con ellos al primer principio no solo como origen del perfecto, sino también del imperfecto. Y como ellos admitían que los principios derivados ó secundarios de las cosas están contenidos en el primer principio, debían admitir al mismo tiempo que el uno en el primer principio es no solo el perfecto, sino también el imperfecto. De esto concluía Aristóteles, que ellos admitían que el mas bello y el mejor no es el principio (2), y Teofrasto lo confirma. El bien no existe, pues, primitivamente, sino que debe nacer del germen. Ahora bien, ¿cómo podría ser esto, si no interviniese la unidad misma en la formación del mundo y la esencia del número no fuese el principio de los números?

Estas explicaciones sobre el primer principio no hacen ver con claridad por qué los pitagóricos llamaron al primer principio número *uno-primer* ó *par-impar*, pues que hubieran también podido llamarle macho-hembra, ó bien-mal, ó ser absoluto, ó de cualquier otro modo,

(1) *De nat. Theorum.*, I, 44.

(2) *Metaf.*, XII, 7.

dependiendo la elección de la forma solo de la manera con que se conciba la esencia de las cosas emanadas de este principio. No hacemos nuestras investigaciones sobre el ente-principio de los pitagóricos con el objeto de resolver la dificultad que presentamos, sino solo para que la idea que mas tarde emitiremos sobre ella, se presente á nuestro espíritu en su punto de vista natural y sin juicios anticipados.

La doctrina de los pitagóricos sobre las cosas particulares se enuncia de un modo muy general diciendo: « Que los números son el principio ó la esencia de las cosas. » ¿Y qué querian decir con esto? Para responder á esta pregunta, conviene examinar mas de cerca los principios derivados ó secundarios de las cosas. Entre estos se distinguen el límite y el no limitado, el número impar y el par, el uno y el múltiple, porque ocupan el primer lugar en la tabla de los conceptos antitéticos. Además los dos últimos se unen inmediatamente á la del número, pero no así el primero: sin embargo, Filolao empieza la exposicion de su doctrina procurando demostrar que todo debe componerse de limitante y de no-limitado (1). Los pitagóricos comprendían que no puede conocerse sino lo que es limitado y que tiene principio, medio y fin. El principio y el fin son naturalmente el límite; el medio por el contrario, es el no-limitado, carácter que ellos parece dedujeron de que el medio comprendido entre límites puede dividirse hasta el infinito. La tabla de las categorías y la obra de Filolao muestran la grande importancia que tuvieron en su doctrina las ideas del limitante y del limitado.

Para comprender bien el sentido de esto, es necesario tratar de determinar precisamente las ideas que los pitagóricos tenían del límite y del no-limitado. Considerando el límite de las cosas como su principio y fin, naturalmente se le considera múltiple, de donde se sigue que Filolao habla de cosas que se limitan. Pero las cosas que se limitan, en último análisis, son los puntos del espacio, que los pitagóricos llaman unidades. Aristóteles, dice que « algunos (y parece dar á entender los pitagóricos) manifiestan creer que los límites de los cuerpos, como la superficie, la línea, el punto y la unidad, son sustancias con mas razon que el cuerpo y el sólido (2). » Otros explican esto mas, diciendo: que los pitagóricos miraban los números como principios de las cosas, porque el primero y el no compuesto les parecían un principio: mas el primero entre los cuerpos era la superficie, el primero entre las superficies la línea, y el primero entre las líneas el punto, á los que llamaban unidades absolutamente simples. Ahora bien, como las unidades eran números, los números debían ser los principios de las cosas.

Esta teoría de los números pretende explicar

(1) Stob. Ecl., I.  
(2) Metaf., VII, 2.

los cuerpos por medio de principios no corpóreos, supuesto que los puntos del espacio no son corpóreos; y cuanto se dice sobre este punto nos confirma en la idea que nos hemos formado de la palabra límite, esto es, que los pitagóricos explicaban la existencia corpórea por medio de puntos que formaban la última limitación de los cuerpos. Lo que limita no es para ellos mas que una multitud de puntos, dispuestos entre sí de un modo dado en el espacio, y todas las cosas consisten en los números contenidos en tales puntos: lo que quiere decir que todas las cosas están compuestas de puntos ó unidades de espacio que forman juntos un número.

Determinada así la idea del límite, no es difícil concebir la idea opuesta del no-limitado. Si el limitante indica las extremidades, los límites mas excéntricos, el no-limitado debe indicar el espacio intermedio. La idea del intervalo tuvo siempre una grande importancia en la doctrina de los pitagóricos, no solo para la teoría de la música, sino tambien para la construcción geométrica de las relaciones del espacio (1). Según esta teoría, admitían intervalos de relaciones diferentes y deducían de ellos diferentes especies de sonidos: doctrina tan antigua como la teoría de la música. Los pitagóricos tenían necesidad de tal idea de intervalo para concebir el espacio lleno de unidades, supuesto que sus unidades son en sí mismas verdaderos puntos geométricos y por consiguiente incorpóreos; y aun cuando se reuniesen dos ó mas de ellos, no resultaría un cuerpo, ni tampoco una línea, porque lo no extenso no puede engendrar lo extenso. El segundo principio de los pitagóricos debe necesariamente intervenir para formar el medio, produciendo así la extension justa tres dimensiones, ó sea los cuerpos, supuesto que, si las unidades y los puntos forman el principio y el fin ó los límites, el no-limitado forma el medio: y solo por la intervencion del no-limitado en el medio, aparece la extension; y la extension geométrica, según las tres dimensiones, se forma con un triple intervalo entre cuatro puntos: de modo que, según Filolao, el cubo consiste en tres intervalos iguales (2).

Cuando, pues, los matemáticos siguientes explicaban la extension sólida por medio de puntos ó de unidades, y por medio de intervalos renovaban exactamente la antigua teoría de los pitagóricos. Por consiguiente, el principio de la extension corpórea, según las tres dimensiones, era la superficie, en atención á que el cuerpo se compone de superficies dispuestas en diferentes intervalos; pero la superficie misma no es el cuerpo, teniendo solo dos dimensiones. Además de esto el principio de la superficie extensa en dos dimensiones es la línea, la cual no es la superficie, teniendo una sola di-

(1) Nicol., Arithm., II.  
(2) Theod., Arithm., p. 56.

mension, y el principio de la línea es el punto, componiéndose aquella de puntos dispuestos según un intervalo determinado; pero ellos no son la línea, no teniendo ni intervalo, ni dimension, y siendo por esto verdadera unidad (1). Con razon podia decir Aristóteles que la magnitud en extension no está formada sino del límite ó de las unidades, y del no-limitado ó intervalos (2). Esta doctrina encierra una verdadera construcción matemática de la cantidad extensa, construcción en que nada es supuesto, sino que hay unidades separadas entre sí, que pueden referirse las unas á las otras, y que se dan tres relaciones posibles, según las tres dimensiones de los cuerpos. Los pitagóricos fundaron la necesidad de referir unas unidades á otras en estar todas contenidas en la unidad primitiva para formar el mundo.

Pero ¿cuál es la naturaleza del espacio intermedio entre los puntos limitantes? Se presume que los pitagóricos lo concibieron como un soplo, un éter; mas atendiendo á que miraban al aire como un cuerpo determinado y con figura determinada, la opinion no parece exacta. Mucho mejor debíamos concebir el no-limitado por oposicion á las extremidades limitantes, como simple intervalo. Y como que los pitagóricos querían expresar lo negativo en el mundo mediante el segundo número de su oposicion, parece que vieron en el no-limitado alguna cosa de negativo, un vacío. Ciertamente los pitagóricos admitían tal vacío y le consideraban como uno de los principios del todo: por lo que es verosímil que los que admitieron el vacío en su sentido estricto, le concibieron como algo primitivo, no pudiendo ser de la naturaleza del vacío ninguna cosa del espacio. Por lo demas Aristóteles dice expresamente que el vacío, según los pitagóricos, distingue esencialmente los números y determina su naturaleza, como tambien los sitios de las cosas (3), y la distincion de los números entre sí se verifica por medio del vacío ó bien las unidades tienen lugar primitivamente por medio de él. Mas si el vacío es el principio de los números y los números principio de todas las cosas, es claro que los pitagóricos consideraban el vacío como principio de todas las cosas. La cuestion, pues, se reduce á saber cuál de los principios opuestos, el limitante y el no-limitado, debe ser el vacío. Aristóteles nos satisface diciendo, que el no-limitado, que es tambien el par, es atraído, comprimido y limitado por el limitante; pero en otro lugar dice, que el vacío penetra en el cielo y que el cielo es uno, y que el vacío que determina el lugar de todas las cosas, pasa del no-limitado al cielo (4). En estos últimos pasajes el cielo uno y el vacío constituyen la misma parte, como en los precedentes

el uno limitante y el no-limitado: de modo que podemos sin género de duda considerar el vacío, según las ideas pitagóricas, como el principio de la formación del mundo, al que por otra parte ellos indican como el no-limitado.

Aquí nace una nueva cuestion para averiguar cómo se sirvieron los pitagóricos de sus conceptos opuestos para explicar la creación del mundo. Su forma de explicacion es conforme á la idea que hemos dicho tenían de la existencia de las cosas. Ya indicamos que aplicaban su teoría de los números á la existencia de los seres y que decían que todas las cosas se componían de unidades coordinadas entre sí á diferentes intervalos: formaban, pues, un número con unidades, y en esto hacían consistir su esencia y la de las cosas. Pero los pitagóricos partían de una unidad primitiva, y si en su consecuencia querían poner este modo de ver la naturaleza de las cosas en consonancia con el de su primer principio, debían entonces hacer ver que puede una multiplicidad de unidades resultar de la unidad primitiva.

Los pitagóricos representaban el origen del mundo como la union que sobrevenía entre los principios primitivos opuestos del no-limitado y del limitante, del par y del impar, y concebían tambien esta union como una union primitiva, llamando par-impar al principio supremo. La descripción que hacían del origen del mundo no puede, pues, mirarse sino como una explicacion genética. Así, en efecto, la entendían los antiguos, cuando dicen que los pitagóricos enseñaban no haber tenido el mundo principio en cuanto al tiempo, sino solo en cuanto al modo de concebirle: no cronológica, sino lógicamente (1). Los pitagóricos concebían el uno primero ó el impar, cuyo origen no indagaban, como rodeado del infinito y del vacío. El infinito es para ellos el lugar del uno (2). Pero admitían además una tendencia á la separacion entre los contrarios para unirse de homogéneo á homogéneo; por consiguiente, un limitante atrae á sí y en sí lo que en el infinito le está mas próximo y lo limita: lo que llamaban los pitagóricos respirar el infinito ó respiracion infinita, en virtud de la cual el vacío penetra en el mundo y separa unas cosas de otras (3). Según este modo de respiracion, se concibe primitivamente el uno de los pitagóricos como absolutamente compuesto, no separado, como una magnitud sólida é indivisa, pero al mismo tiempo susceptible de descomponerse en una infinidad de cosas, mediante el espacio vacío que viene á separarle. Otro tanto sucede con el no-limitado: indiviso en sí mismo, no se hace divisivo en muchas partes sino en cuanto penetra en el limitante (4).

(1) Stob. Ecl., I.  
(2) Καὶ τὸ κακὸν τοῦ ἀγαθοῦ χώρον εἶναι. Arist. Metaf. XIV, 4.  
(3) Arist., Phys., IV, 6.  
(4) El mismo, *Ibid.*, III, 5.

(1) Boeth., Arithm., II, 4.  
(2) Metaf., I, 7.  
(3) Apud. Stob. Ecl., I.  
(4) Metaf., XIV, 3; Physic. III, 4; IV, 6; y ap. Stob. Ecl., I.

Los pitagóricos concebían, pues, el origen del mundo como un concurso de dos principios opuestos; mas conviene observar que la parte que tuvo en la formación del mundo el principio no limitado fué solo negativa, pues que es pasivo, por ser respirado: y en el mismo mundo no forma mas que el intersticio entre las unidades, que son las partes constitutivas primitivas de la unidad primitiva y eterna. La verdadera esencia, lo perfecto de las cosas no está fundado, segun ellos, sino sobre el límite. Este límite por una parte es considerado como unidad, por otra como el verdadero principio de la multiplicidad; representa la unidad del mundo, determinada en sí misma, esto es, el todo complejo, con cuyo título el uno es considerado por Filolao como principio de todas las cosas, como Dios que lo gobierna y rige todo, como un ser determinado, eterno, permanente, inmóvil, semejante á sí mismo y diferente de todas las demas cosas (1). El desarrollo del mundo es para ellos una progresion de vida, subordinada á los principios primitivos, contenidos en este mundo: la respiracion ó vida del mundo depende de la entrada del vacío infinito en Urano ó en el mundo: y el tiempo, llamado por Architas el intervalo de toda la naturaleza, penetra todas las cosas naturalmente con el soplo en el mundo: no subsistiendo el tiempo sino para la destruccion de una serie de instantes diferentes, pero que son de nuevo reducidos á la unidad por los momentos limitantes.

La doctrina de los pitagóricos sobre los dos principios primitivos opuestos nos parece conforme con su doctrina de que todo emana del uno, ó que todo es regido por el Dios supremo; porque los principios primitivos se hallan comprendidos y reunidos en la unidad primitiva de Dios, en el par-impar, en el número primitivo, siendo desde el principio la fuerza expansiva y fecundante de todo el cielo ó del mundo. Por consiguiente, todo el cielo es también número, y el número es esencia de todas las cosas; pero la triada abraza el número de todas, porque contiene principio, medio y fin. Mas el mundo no es número, sino con la condicion de que las unidades comprendidas en él para formar la unidad, estén separadas unas de otras por el intersticio vacío, supuesto que los números no existen sino por él, y así el mundo visible aparece como conteniendo el número de todas las cosas, que son entes en general, y también como un ente imperfecto, imperfeccion expresada por el vacío, por el no-limitado, por el segundo principio. Los pitagóricos pudieron hasta cierto punto desconocer que introduciendo sus contrarios en la existencia, en aquello que lo abraza todo y es principio de todo, Dios, la fuerza general del mundo, hacian á este participar de la imperfeccion de las cosas; mas no pudieron obce-

(1) *De mundi opif.*, p. 24.

carse hasta no advertir que en el mal que reina á lo ménos en una parte del mundo, Dios no puede hacerlo todo perfecto. Pero Dios debia propender á esto con todas sus fuerzas, y reconocian que lo bellissimo y lo bonísimo no existen ab-initio, sino que sobrevienen solo por el desarrollo de la esencia divina en el mundo.

Tenemos, pues, que lo esencial de la teoria pitagórica sobre los números está fundado en el hecho de derivarse todas las cosas de las relaciones matemáticas, y de explicarse recíprocamente las relaciones de espacio y de tiempo con relaciones numéricas. Todo se deriva del uno primero ó del número principio, y como que este, respirando el vacío, se divide en muchísimas unidades, todo se deriva de la multiplicidad de los números. Ahora bien, aquí se supone que mediante la composicion de las unidades nacen diferentes relaciones, segun la diferencia de los intervalos; ya que parece que los pitagóricos han reducido á esto toda la diferencia, conforme á su teoria musical: de otro modo no hubieran podido hallar diferencia en las unidades ó puntos. Pero no pudiendo la doctrina pitagórica permanecer simplemente especulativa, fué necesario indicar la diferencia de las relaciones en el mundo. Ahora bien, el que reflexione sobre la dificultad de indicar tal diferencia, no se maravillará de que los pitagóricos recurriesen á hipótesis arbitrarias. Estas podian también provenir de un pensamiento general, puro, tomado del deseo de que todas las relaciones del mundo fuesen armónicas, ó estuviesen dispuestas con simetría. La idea de la armonía que, segun ellos, parece que abrazaba todas las relaciones coordinadas segun una ley fija, se conforma doblemente con su doctrina, porque observaban que la unidad del mundo, estando compuesta de elementos contrarios, debe ser un lazo entre ellos, y este es la armonía. Por lo que Filolao decia que « los principios de las cosas, no siendo ni semejantes, ni homogéneos, era imposible que estuviesen ordenados, si la armonía no los penetrase de cualquier modo que fuese; que en realidad las cosas semejantes y de la misma naturaleza no tenian necesidad de la armonía; pero que las desemejantes, las heterogéneas y no sujetas á la misma ley debian necesariamente estar unidas entre sí por medio de la armonía, para poder formar un mundo bien ordenado (1). » Pero el lazo que une á los contrarios, se encuentra en el primer principio de los pitagóricos, en el uno primitivo: este uno primitivo es por consiguiente para ellos el principio de los lazos armónicos en el mundo ó el principio armonía. Por esto los pitagóricos decian en el mismo sentido que el número ó la armonía es el principio de todas las cosas, y que el universo es armonía y número, tomando en general en el mismo sentido estas dos palabras: entónces la

(1) *Stob.*, *Ecl.*, I.

armonía es para ellos el principio de la unidad de todas las cosas, y el universo una armonía de unidades ó de números compuestos, segun relaciones determinadas.

Á otro punto puede reducirse su doctrina de la armonía, en el concepto de que todo lo abraza la doctrina pitagórica, y es, que el orden mantiene todas las partes del universo en relacion, y determina la esencia de las cosas, de donde se sigue que toda la vida del mundo no se considera simplemente como una union entre los opuestos, sino como una union de orden y de justa medida. Esto se expresa no tanto con el concepto del uno primero cuanto con el de la armonía. Se reconoce principalmente este pensamiento cuando conduce á suposiciones arbitrarias, como á aquella de los diez planetas colocados entre sí á distancias armónicas (1), y en otras observaciones dirigidas á mostrar los fenómenos coordinados en la naturaleza y en la vida racional, segun razones numéricas fijas y comprendidas en general por Aristóteles en esta proposicion, que: « los pitagóricos habian creído descubrir en los números muchas semejanzas con las cosas existentes y con las contingentes. » Su tabla de los elementos antitéticos está fundada sobre el 10, número perfecto: observaban la vuelta de ciertos números en fenómenos particulares de la naturaleza, como siete cuerdas y siete armonías, siete pléyadas, siete vocales, y la muda de dientes que ciertos animales verifican á los siete años. Por esto mismo determinaban las ideas segun ciertos números, por ejemplo, las ideas de justicia, de alma, de oportunidad; y encontraban en general la esencia de las cosas fundada sobre relaciones numéricas, tanto que Eurito asignó un número determinado á la esencia del hombre, uno á la esencia del caballo y así sucesivamente (2). Mucha arbitrariedad habia verdaderamente en esto; pero también se encontraba el pensamiento general verdadero de que todo debe suceder en el mundo segun relaciones ordenadas.

Pero cuando querian reducir á teoria esta idea, necesitaban de una medida para valuar las razones armónicas. Llevados de su amor á la teoria musical, creían haber encontrado esta unidad de medida, especialmente en las relaciones de la octava. No por esto queremos desechiar las otras relaciones matemáticas y geométricas, supuesto que ciertamente la especie de culto que profesaban al número 10, y la importancia que atribuían á los cuatro primeros números y á los cinco cuerpos regulares, era de origen matemático, no músico. Mas caminaban así arbitrariamente por no poder deducir de principios absolutamente invariables ningún sistema conforme á la naturaleza de las cosas.

En cuanto á la aplicacion de estas consideraciones generales, tenemos solo noticias insufi-

cientes é inconexas, y á menudo oscurecidas con ficciones ó juegos de números de los nuevos pitagóricos, hasta el punto de hacer difícil el distinguir el verdadero pitagorismo antiguo. Solo vemos que los pitagóricos se abandonaban sin miramiento á la opinion de que la esencia de las cosas está fundada sobre razones armónicas; ardimiento que demuestra cuán sólida y robusta fué su doctrina.

¿Pero de qué modo los pitagóricos concebían las propiedades de los cuerpos, fundadas en relaciones matemáticas? Se nos ha dicho que en cuanto á los colores y los sonidos, los derivaban de la superficie de los cuerpos (1), y que otro tanto hacian con las cualidades sensibles. Enseñaban despues que la mónada es el punto, la diada la línea, la triada la superficie, y la tétrada el cuerpo geométrico: además que la pentada es el cuerpo físico con sus propiedades sensibles, lo que conviene con la doctrina de los elementos, que ellos parece habian aumentado hasta cinco, en virtud de su derivacion de los cinco cuerpos regulares. Á estos cuerpos reducian la figura de los elementos, y así el cubo es la tierra, la pirámide el fuego, el octaedro el aire, el icosaedro el agua, y el dodecaedro el quinto elemento, que mas tarde tomó el nombre de éter. También entre los cinco elementos y los cinco sentidos encontraron una analogía, que no dejaron de usar.

Colocaban al fuego en el primer lugar entre los elementos, considerándole en cierto modo como el principio de la vida en el mundo (2): por eso le ponian en el lugar mas honroso, esto es, en el límite interno y externo, y por consiguiente, en el centro y la superficie del globo. Enseñaban, pues, que en el centro del mundo está el fuego, guarda de Júpiter cúbico, porque el cubo parece el cuerpo mas perfecto por sus tres intervalos iguales; que es el altar del universo, y que fué la primera cosa formada ántes de que el orden hubiese podido penetrar en el mundo. De este fuego central emana el que penetra el mundo y abraza toda su superficie mas excéntrica (3). Esta prerogativa concuerda perfectamente con la disposicion que daban á la luz en su tabla de los contrarios, donde figuraba entre los principios de la perfeccion, en tanto que las tinieblas se hallaban entre los de la imperfeccion.

En derredor del fuego inmóvil que circunda al mundo, circulan los diez planetas, esto es, el cielo de las estrellas fijas y cinco planetas, el sol, la luna, la tierra y los antípodas, todos los que pertenecen á la imperfeccion, porque se mueven. Sus intervalos están determinados segun la ley musical, de donde nace su famosa doctrina de la armonía de las esferas. Por esto

(1) *ARIST.*, *De sens.*, 3; *PLUT.*, *De plac. phil.*, IV, 20; *HERACLIDES*, ap. *PORFIR.*, in *Harm. Ptol.*, c. 3.(2) *DÍOG. LAERC.*, VIII, 27.(3) *ARIST.*, *De celo*, II, 13.(1) *ARIST.*, *Metaf.*, I, 5.(2) *TEOPHR.*, *Metaf.*, 3; *ARIST.*, *Metaf.*, XIII, 8; XIV, 6.